

## DON IGNACIO DOMEYKO I ANCUBA

---

Hemos vivido, dice don Miguel L. Amunátegui cuyo es el presente artículo, algunos años bajo el mismo techo que don Ignacio Domeyko; i por lo tanto, podemos hablar de su vida con pleno conocimiento de causa.

Don Ignacio Domeyko es una mezcla de sabio, de cristiano i de poeta, lo cual da a su persona i a su conversacion un atractivo especial.

Su cerebro es propiamente un templo en cuyo altar mayor está colocado Dios; i en los otros laterales, a la derecha la ciencia, i a la izquierda el arte.

La primera vez que le visitamos, el distinguido profesor de Mineralojía estaba leyendo con suma atencion el drama de Calderon titulado: *La aurora en Copacubana*, i habia quedado atónito al llegar a un pasaje en que el insigne vate español espresa que el sol es la sombra de Dios.

—;Cuál será la luz que circunda al sér de los séres, esclamaba Domeyko estaciado, cuando el sol es su sombra!

Aunque esencialmente relijioso, está mui distante de ser uno de aquellos fanáticos intransijentes que niegan el pan i el vino, la mano i el habla a los que piensan de diverso modo que el suyo.

Nada de eso.

Don Ignacio Domeyko es sincero i profundamente tolerante.

En mas de una ocasion ha dado espresivas muestras de consideracion i aprecio a Philippi, a Agassiz, a Courcelle Seneuil, a Vendel—Heyl i otros sujetos de creencias diferentes, a quienes hemos visto sentados a su mesa.

Como escribimos de memoria, sin tener tiempo de confrontar apuntes, vamos a referir a la lijera algunas noticias biográficas que hemos recojido en diversas ocasiones de boca misma del eminente sabio que se ha despedido ahora de nosotros para ir a visitar la tierra natal, aunque con el firme propósito de volver a Chile, si Dios le concede esta gracia, como él lo dice con los ojos llenos de lágrimas i la voz ahogada por los sollozos compruinidos.

Don Ignacio Domeyko nació el año de 1802 en Lituania, provincia o gobierno de Nissik, distrito de Novograden, donde su padre, don Hipólito Domeyko, ejerció el cargo de juez.

Perdió a su padre cuando aun era niño.

Quedó al cuidado de su madre doña Carolina Ancuba de Domeyko.

Tenia un hermano i una hermana mayores que él, un hermano i una hermana menores.

Los cuatro han fallecido ya.

—Soy, dice don Ignacio, el que ha vivido mas de mi familia; ninguno de mis hermanos i ninguno de mis deudos que yo sepa ha pasado de los setenta i seis años.

Tuvo por paisano, por condiscípulo, por camarada de proscripción i por amigo íntimo al poeta Adan Mickiewicz, que habia nacido en Novograden el año 1798.

Domeyko contaba solo diez años cuando, en 1812, vió desfilarse a una parte del brillante ejército que Napoleon I conducia contra la Brsia.

Este es el hecho mas antiguo de su vida cuyo recuerdo conserva.

Contempló entónces por primera i última vez al príncipe mariscal de Francia, José Poniatoveski, que iba capitaneando un cuerpo de 30,000 polacos.

El espectáculo de tantos hombres que llevaban vistosos uniformes i lucientes armas de todas clases, que arrastraban centenas de cañones, i que marchaban al son de la música con las banderas desplegadas al viento, inflamó el ánimo del niño, e hizo que después, en los bancos del colejio, soñara con la esperanza de verse alistado algun día en un ejército semejante para libertar a la descuartizada Polonia.

Las palabras inflammas de Mickiewicz fomentaban estas disposiciones bélicas.

Así, los dos tomaron parte activa en las turbulencias contra las autoridades rusas de los estudiantes de la Universidad de Vilna, la cual tenia por rector a un sacerdote, tio del poeta.

Mickiewicz i Domeyko sufrieron por ello duras persecuciones i estuvieron en la cárcel.

El primero de los dos amigos fué confinado a otro lugar.

El segundo se contó entre los pocos estudiantes de la Universidad de Vilna a quienes se dejó vivir en el campo de su provincia.

Mickiewicz i Domeyko continuaron comunicándose por medio de cartas.

Don Ignacio fué naturalmente uno de los mas calorosos admiradores de las producciones poéticas que labraron la reputacion de su camarada en el mundo literario.

I ha de saberse que siempre le ha tributado un verdadero culto.

Cierto día que quiso darnos un señalado testimonio de afecto, nos obsequió un ejemplar de uno de los poemas de Mickiewicz, que tiene el mérito de llevar en la primera página una dedicatoria autógrafa del donante.

Domeyko sabía de memoria las estrofas de la *Oda a la juventud*.

I a la verdad eso no tenía nada de extraño, puesto que todos los polacos ilustrados, i aun muchos que no lo eran la repetían de igual modo; i que, como refiere un escritor francés, principiaron la insurrección de 1830 cantando sus últimas estrofas.

Don Ignacio Domeyko, jóven a la razón de 23 años, había resuelto acudir al llamamiento de lo que él consideraba su deber de patriota.

Estaba aguardando la oportunidad de hacerlo, cuando, a fines de mayo de 1831, acertó a pasar por delante del fundo donde residía una división de lanceros mandada por el entonces coronel Deseado de Chlapowski, que había sido ayudante de Napoleon I.

Esos soldados iban cantando con voces varoniles la canción nacional de Polonia, cuya primera estrofa hemos oído muchas veces repetir a Domeyko en polaco i en castellano; i a veces al son del piano, porque él sabe tocar esta pieza que sumerge su alma en un éxtasis inefable:

«La Polonia no está perdida,  
Mientras nosotros vivamos.  
Lo que nos han arrancado con el sable,  
Con el sable lo recobramos».

El jóven Domeyko no pudo contenerse.

Corrió a pedirle la bendición a su madre i sin pérdida de tiempo se alistó en uno de los escuadrones de la división de Chlapowski.

De este modo hizo la corta pero desgraciada campaña que, en vez de romper, aferró las cadenas de su desventurada patria.

A principios de 1832 Domeyko se reunió en Dresde con Mickiewicz; pero, a consecuencia de las apremiantes reclamaciones de la Rusia, fueron obligados a salir, no solo de la Sajonia, sino aun de la Alemania.

Los dos amigos buscaron entonces un asilo en Francia.

Don Ignacio Domeyko llevó en París una vida de estudio, de retiro i de trabajo.

Vivía en el quinto piso de una casa, pues sus modestos recursos no le permitían ocupar un alojamiento mejor.

Embebido su ánimo por el hábito de una fuerte concentración mental, salía a menudo de su habitación para practicar una diligencia cualquiera; i a poco rato tenía que volver para buscar el libro, el lápiz, el papel, el dinero que había dejado olvidado en ella.

La portera decía chistosamente a este respecto:

—M. Domeyko tiene muy buenas piernas pero muy mala cabeza.

Don Ignacio Domeyko ha sido i es todavía un caminante infatigable.

En su vida ha andado a pié leguas de leguas, examinando rocas i tierras por montes i por valles.

En París hacía frecuentes escursiones por la gran ciudad i sus cercanías.

Cuando algun polaco le preguntaba por Domeyko, Adan Mickiewicz le contestaba siempre:

—Yo no sé bien donde está ni donde pára; pero si usted desea verla, puede esperarle en esta esquina, i pronto le verá pasar a todo escape.

Domeyko contrajo en París relaciones estrechas con el jeneral Lafayette i con Elias de Beaumont, de quien tenía preciosos autógrafos que nos ha obsequiado.

El año de 1837 don Ignacio Domeyko fué contratado por el gobierno de Chile para enseñar la química, la mineralojía i otras ciencias naturales en el instituto o liceo de la Serena.

Sedespidió entónces de no ménos de cuatrocientos emigrados polacos que residían a la sazón en París.

Hace pocos días hemos oído decir a don Ignacio que de todos no sobrevivían ya mas que unos treinta, entre otros el poeta Bohdan Zaliski, con el cual ha mantenido correspondencia, i que, como él, ha alcanzado a los ochenta i dos años.

El nuevo profesor hizo su viaje por la vía de Buenos Aires al traves de la pampa i de la cordillera.

Pasó por el boquete de Uspallata precisamente a fines de mayo de 1838, esto es, en el mismo mes en que siete años ántes había partido de su tierra natal.

En estos lijeros apuntes no queremos mencionar ni las obras publicadas por Domeyko, ni los valiosos servicios que ha prestado al país, porque hemos consignado todos esos datos en una estensa *biografía* suya publicada hace tiempo, la cual no nos proponemos repetir en esta ocasión.

Lo que procuramos ahora es retratar al hombre mas bien que al escritor, al sabio i al educacionista.

Don Ignacio Domeyko ha buscado i encontrado la poesia en medio de sus investigaciones mas áridas i fatigosas, como se descubren vetas de plata i oro en los cerros mas empinados i desnudos de vejetacion.

Despues de comer, le veíamos pasearse siempre en el balcon corrido de la casa que habitábamos para contemplar el cuadro espiéndido pintado por el sol que se ponía en un mar de púrpura, i el cuadro no ménos sorprendente que aparecía por el lado opuesto en la cumbre de los Andes.

Sus piés habian recorrido espacios sin fin.

Sus ojos se paseaban tambien por un cielo sin linderos.

Todas las noches don Ignacio Domeyko leía alternativamente, para descansar de sus abrumadores trabajos del dia, las comedias de Calderon en castellano, los dramas de Shakespeare en ingles, las trajedias de Racine en frances, las obras de Goethe en aleman.

Segun su opinion, Goethe en materia de estilo es el mas sublime que ha leído jamás.

Don Hipólito Domeyko falleció cuando don Ignacio contaba solo ocho años de edad.

Conforme a la costumbre de Polonia, el anillo del padre debia pasar a su hijo primojénito.

Este anillo, al mismo tiempo que podia servir de sello, significaba que su propietario era elector i elejible para toda especie de majistratura, por elevada que fuese.

Doña Carolina Ancaba de Domeyko murió el mismo año 1831 en que nuestro protagonista salió de Polonia para su larga peregrinacion.

El jeneral don Manuel Blanco Encalada, durante su última permanencia en Paris, remitió de Europa a don Ignacio Domeyko el anillo de su padre, que habia llegado a pertenecerle por haber dejado de existir su hermano mayor, i el anillo de su madre, que la familia le enviaba como un recuerdo de inestimable valía.

Don Ignacio Domeyko lleva hasta ahora ámbos anillos.

Nuestro ilustre maestro, que no es supersticioso, hace, no obstante, observar que salió de Polonia a fines de mayo de 1831 i que va a alejarse a fines de mayo de 1884.

Espera regresar a su patria adoptiva, que ama tanto como a su patria natal, a fines de mayo de alguno de los próximos años.

Vamos a terminar este artículo, refiriendo un rasgo que nos parece digno de notarse por lo característico.

Don Ignacio Domeyko ha dejado su casa de Yungai, arreglada i dispuesta como si fuera a hacer un viaje de unos cuantos días.

Los libros quedan colocados en los respectivos estantes.

La colección de minerales permanece en los correspondientes armarios.

Los muebles guarnecen los aposentos en la misma forma que antes.

La cama queda hecha como si el dueño de casa fuera a tornar mañana.

Un criado que le ha servido dieciséis años está encargado de barrer i de sacudir el polvo.

Don Ignacio Domeyko volverá.

Lo aguardamos.

---

#### TIERNA DESPEDIDA

Desde las 7.30 A. M., la estación del norte estuvo llena de personajes notables i de un considerable número de alumnos de la Universidad. El objeto que allí los reunía, como lo teníamos anunciado, era el muy laudable de dar al distinguido i sabio naturalista don Ignacio Domeyko, que se marcha a Europa a visitar a su familia i a su querida patria, la desventurada Polonia, un tierno i sincero adiós. Su ausencia de nuestro país es transitoria, es un simple viaje de paseo.

Entre las personas que se hicieron un honor i un deber de despedir al eminente profesor, estaba el señor Huneeus, rector de la Universidad; el jeneral Sotomayor, don Federico Puga, el doctor Miquel, i varios otros miembros del cuerpo de profesores universitarios. El grupo de estudiantes no bajaría de doscientos.

Una comisión especial, entre cuyos miembros notamos al señor Pontecilla, decano de la Facultad de Medicina, fué encargado por los amigos i admiradores del señor Domeyko de acompañarlo hasta Valparaiso.

Animada i tierna a la vez estuvo el acto de la despedida. El ilustre sabio, un tanto conmovido con esta manifestación, no podía expresar con entera libertad el sentimiento de gratitud que dicha manifestación le merecía.

Antes de partir el tren, el joven estudiante don Julio Puga, en nombre de sus compañeros universitarios, dirijió al señor Domeyko la siguiente despedida:

Señor Domeyko:

«Permitidme, señor, que a nombre de los estudiantes de la Universidad, mis compañeros, os manifieste los sentimientos de pesar que nos causa el que os alejéis de este país.

«Gran pérdida sufrió la patria que os vió nacer, cuando en 1831 por recobrar su independencia, vuestro patriotismo os llevó al destierro; porque sensible pérdida es sin duda privarse de los hijos que luego le habrían dado ilustración i nombre.

«Mas feliz que vuestra primera patria, la nuestra ha tenido la gloria de poseerlos largos años.

«Vuestro talento, ilustración i constante estudio, que habeis puesto siempre al noble servicio de propagar los conocimientos útiles, son los antecedentes por los cuales este país entero reconoce hácia vos sincero agradecimiento.

«Durante cuarenta i cinco años desempeñásteis con interés i cariño, primero en el liceo de la Serena i despues en la Universidad, varias cátedras de ciencias naturales, que ántes de vuestra llegada casi se desconocian en el país.

«I ciencias son éstas difícil de conocer i de ardua tarea el enseñar; pero vos, por fruto de un concienzudo i constante trabajo, supisteis siempre, al esplicar vuestras lecciones, despejarles sus dificultades; i abriéndoles desconocidos horizontes las hicisteis comprender a los muchos que han tenido la dicha de escucharos.

«Desde 1867 hasta hace ménos de un año fuisteis rector en propiedad del único establecimiento de instrucción superior que existe en el país; siempre en el desempeño de este delicado cargo, el jeneral aplauso saludó vuestros actos.

«La Mineralojía chilena, vuestro mas querido campo de estudio, bien sabeis cuántos adelantos os debe i cuántos descubrimientos os agradece.

«Durante vuestra permanencia aquí, habeis dado a luz, i hasta en nuestra propia lengua, varias obras científicas, de cuyo sin igual mérito hasta las naciones estranjeras se ocupan.

«Todos estos bienes que habeis hecho al país i que pobremente os he recordado a la lijera, justifican, señor, i con exeso, los sentimientos de pesar, que solo el acelerado latir de nuestros corazones puede medir, al ver que en pocos instantes mas este tren con su

partida va a arrebatar nos la mas fecunda i hermosa lumbrera de la ciencia.

«La circunstancia de que emprendais este viaje cuando, por el inexorable pasar de los dias, os encontrais en el último tercio de la vida, unida a las agradables impresiones que experimentaréis entre vuestros compatriotas i bajo el cielo en que crecisteis, nos hacen temer, i con razon, que desecheis el propósito de volver a este pais, cuyos hijos, mas que por egoismo, por admiracion i cariño, desean que paseis con ellos los últimos años de vuestra ilustre vida.

«Pero ya que el amor inolvidable al suelo natal i los justos deseos de ver nuevamente a los vuestros, os impulsan a volver a la patria en que nacisteis, no olvideis jamás que al partir de Chile dejais en él otra patria que reconocida os reclama.

«Señor Domeyko:

«Que la felicidad dulce i tranquila no os abandone en vuestro viaje, i que el recuerdo de este pais, que tanto os debe i agradece, os obligue a un pronto regreso, son los deseos de esta juventud, de cuyos labios está pendiente una palabra, eco de sus almas que os dice: volved!!»

Cuando el convoi se puso en marcha se dejaron oír muchos «Viva Chile», «Viva Polonia». Esto impresionó vivamente al simpático viajero.

De nuevo nuestros votos sinceros por la felicidad en el viaje i pronta vuelta a la segunda patria de este sabio maestro.

---